

Contemplativos y evangelizadores:

apóstoles del Reino
según el corazón de Cristo



REGNUM
CHRISTI

Este ensayo es parte de un proyecto del área de Vida y Misión de la Dirección General del Regnum Christi, que se propone impulsar el conocimiento profundo y la asimilación cordial del carisma a partir de los Estatutos como camino de renovación espiritual y apostólica. Además de producir contenidos, como el presente ensayo, se pretende ofrecer a territorios y localidades jornadas de profundización y otras herramientas de apoyo.

En un trabajo precedente, publicado en la solemnidad de Cristo Rey de 2019, se trató el tema *Vivir y hacer presente el misterio de Cristo* con la mirada puesta en Cristo Apóstol que «sale al encuentro de las personas, les revela el amor corazón, las reúne y forma como apóstoles, líderes cristianos, las envía y acompaña para que colaboren en la evangelización de los hombres y de la sociedad» (EFRC 8). Un segundo ensayo, publicado en la misma fiesta del año siguiente, se enfocó en el sentido que daba el Señor a la formación de sus apóstoles y discípulos: la instauración del “Reino de Dios”.

Ahora afrontamos la nota característica del miembro del Regnum Christi de ser «contemplativo y evangelizador» (EFRC 20). Este binomio no es sólo un aspecto particular, entre otros muchos, del modo de ser y vivir del miembro del Regnum Christi: se trata de una actitud vital que permite conocer, amar

y seguir a Cristo y dejarse transformar por Él; es un camino para hacer propios los rasgos espirituales y el modo de vivir la misión expresados en el segundo capítulo (“Fundamentos espirituales”) y en el primer artículo del tercer capítulo (“Principios de acción apostólica”) de los Estatutos.

Índice

I. Apóstoles del Reino según el corazón de Cristo	6
• El encuentro con Cristo Apóstol transforma e integra la vida	6
• Somos contemplativos y evangelizadores	7
• Dos caras de una misma moneda	9
• ¿Por qué nos resulta tan difícil? La fragmentación que divide y separa.	11
• Un deseo que puede ser saciado	14
II. Caminos para dejarnos encontrar y enviar por Cristo Apóstol	16
• La mirada de Cristo que integra y relaciona	16
Mirar y tratar el mundo según el corazón de Cristo	16
Acogerme a mí mismo según el corazón de Cristo	18
Amar a los demás según el corazón de Cristo	19
Vivir en la Iglesia según el corazón de Cristo	21
• La gratuidad: dejarse regalar y saber regalar	23
• Hacer silencio para contemplar y evangelizar	27
• Apasionados según el corazón de Cristo	29
• Contemplar mi vida en el evangelio y el evangelio en mi vida	33
Conclusión: Cristo está vivo	35
Talleres	36

I. Apóstoles del Reino según el corazón de Cristo

El encuentro con Cristo Apóstol transforma e integra la vida

Como miembros del Regnum Christi somos llamados a abrirnos una y otra vez al encuentro con Cristo Apóstol del Reino, que nos reúne en torno a sí, nos revela el amor de su corazón, nos forma, envía y acompaña en la misión de evangelizar (cfr. EFRC 8). El centro de nuestra vida es esa relación de amor personal con Jesucristo.

El encuentro con Cristo vivo no nos deja iguales, sino que nos da una nueva mirada sobre nuestra historia, circunstancias y personas que nos rodean, configurándonos como apóstoles del Reino. La experiencia de su «amor personal, real, apasionado y fiel por nosotros» (EFRC 12) nos hace intuir la alegría de darlo todo por el Todo, dejando atrás una vida a medias en clave de autopreservación, para comenzar a entregarnos en el amor. Quien ha conocido a Aquel que dio su propia vida para que nosotros “tengamos vida y la tengamos en abundancia” (cfr. Jn 10, 10) empieza a impregnarse de sus convicciones y actitudes al tomar decisiones.



Si vivimos dentro del misterio de Cristo Apóstol —dejándole vivir en nosotros y a través de nosotros— **todo lo que nos sucede se integra en una vocación y misión.** Ya no hay nada que “no tiene que ver” con el ser cristiano, ya no hay pedazos sueltos ni elementos indiferentes, accidentales o inservibles en una vida. Todo, incluso el fracaso y las caídas, tiene su lugar y su significado cuando la persona ha sido alcanzada por Cristo.

El encuentro con Cristo genera un estilo de vida, propio del apóstol del Reino, que se caracteriza por unos rasgos de espiritualidad específicos y se expresa en un modo concreto de vivir la misión y ser apóstol, indicado sumariamente en los Estatutos.

El vivir dentro del misterio de Cristo Apóstol, integra la vida en una vocación y misión. ¿Hay aspectos de mi vida donde puedo experimentar el vivir dentro de este misterio, el misterio de Cristo apóstol? ¿Cómo es que esto llena de significado y ordena las diversas circunstancias?



Somos contemplativos y evangelizadores

Los miembros del Regnum Christi somos «contemplativos y evangelizadores» (EFRC 20).

Porque queremos ser contemplativos, buscamos tiempo diario de diálogo íntimo con el Señor: la misa, el rosario, los momentos adoración eucarística y la conclusión de la jornada con Él. Porque queremos ser evangelizadores buscamos hacer apostolado, ir de misiones, organizar actos de caridad cristiana, dar catequesis, etc. pero, sobre todo, **impregnar lo que somos y hacemos —ahí donde se desarrolla nuestra actividad cotidiana— de la buena nueva del Evangelio.**



¿Cómo se ve una jornada, un día típico de mi vida impregnado de Evangelio?



Más allá de los actos concretos, ¿qué es ser contemplativo y evangelizador? Contemplar no es sólo “mirar”, sino sobre todo recibir y acoger; evangelizar no es sólo “predicar”, sino sobre todo dar y transmitir. Ser contemplativo es una actitud que nos permite descubrir y acoger a Dios presente en las diferentes realidades de la vida; ser evangelizador es saberlo comunicar con la vida.



¿Qué significa para mí dejarme evangelizar por Cristo? ¿Qué significa ser evangelizador desde esta realidad?



Lo que se acoge y transmite no es, por tanto, una idea o una cosa, sino una persona viva. Por eso podríamos definir las dos dimensiones también así: **el contemplativo se deja evangelizar en todo momento por Cristo; el evangelizador deja que Cristo se sirva de él para anunciar y realizar la buena nueva del Reino.**



¿Qué rasgos de Jesucristo he experimentado en la oración? ¿Qué rasgos de Jesucristo he experimentado en la actividad apostólica? ¿Cómo se me revela Jesucristo en unos y otros momentos?



Estos dos rasgos brotan de una identidad y a la vez nos identifican cada vez más cordial y existencialmente con ella. El apóstol del Reino es un bautizado que vive inmerso en el misterio de Cristo Após-tol: experimenta que Jesús le sale al encuentro, le revela el amor de su corazón, lo reúne en torno a sí junto con otras personas, lo forma como apóstol, lo envía y lo acompaña para que colabore en la evangelización. **Ser “contemplativo y evangelizador” es la actitud existencial que nos permite entrar en esa relación con Jesucristo, conocerlo íntimamente, amarle y compartir con Él la vida para ser sus testigos.**

Dos caras de una misma moneda

El camino para llegar a ser contemplativos y evangelizadores no es aprender el malabarismo de hacer simultáneamente dos cosas aparentemente distintas y hasta opuestas. **Ser contemplativo y evangelizador no requiere una destreza especial,** fruto de un talento no común y de mucha práctica.

Tampoco se trata de encontrar el equilibrio entre dos aspectos en tensión, como sucede al combinar una seria dedicación profesional y la decisión de pasar tiempo de calidad en familia, lo cual es un reto. Ser contemplativos y evangelizadores no exige echar mano de una exigente programación para encontrar la justa dosis en dos dimensiones que reclaman para sí espacio en la agenda.

En efecto, contemplar y evangelizar no son dos actividades en competencia que se reparten el día, con momentos para una cosa y momentos para la otra. El apóstol del Reino es, en su persona, contemplativo y evangelizador en todos los actos de su vida, porque ambos aspectos se unen en una forma de ser, una actitud existencial, un estilo de vida.

Los dos rasgos no sólo son inseparables, sino que uno está siempre contenido en el otro. **El apóstol del Reino no puede ser evangelizador sin ser contemplativo, ni contemplativo sin ser evangelizador.**

Como apóstol del Reino no se puede ser contemplativo sin ser evangelizador

Mirando a Jesucristo en el Evangelio, en la Eucaristía, en el prójimo y en el fondo del corazón, cada uno hace la experiencia del amor gratuito, y esa experiencia no se puede tener escondida. Al igual que San Pablo, brota de lo profundo del alma la necesidad de exclamar *Nos apremia el amor de Cristo* (2Cor 5, 14) y *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!* (1Cor 9, 16).

Las virtudes teologales nos hacen percibir su presencia escondida que nos sale al encuentro, revela el amor de su corazón, envía y acompaña; nos descubren la sed de Vida que tienen los hombres nuestros hermanos; nos hacen ver la Iglesia como esa viña que Él ha venido a plantar y a cultivar; nos hacen percibir la luz de la gracia, fuente de vida y esperanza, y nos muestran una razón para vivir.

Por eso, quien no evangeliza deja de ser contemplativo, porque esa Vida presente en el alma no se desarrolla y agoniza cuando no puede expresarse en el don de sí a los demás.

Como apóstol del Reino no se puede ser evangelizador sin ser contemplativo

El apóstol del Reino habla de lo que ha “visto, oído y palpado” (cf. 1Jn 1, 1). Es un testigo que “no puede menos de contar lo que ha visto y oído” (cf. Hch 4, 20). Quien no conoce a Aquel a quien transmite, se anuncia a sí mismo. **Solo**



¿Cómo se evangeliza siendo testigo de lo que he visto y oído en la contemplación en el mundo de hoy?



aprendiendo a estar con Él y en Él podemos salir y hablar en su Nombre.

Necesitamos contemplar con la mirada de Cristo a las personas que nos rodean —la gente en el metro, los familiares en el hogar, los colegas en el trabajo, los amigos en la fiesta— y las circunstancias del mundo para verlo todo como Él lo ve y así descubrir lo que está haciendo y quiere obrar a través de nosotros.

La contemplación no es sólo condición previa o presupuesto para evangelizar. **Toda acción verdaderamente evangelizadora se realiza con espíritu contemplativo**; de otro modo es pura actividad humana y no una realidad espiritual (el Reino de Dios). Es una dicha indescriptible contemplar el espectáculo de la presencia y la acción de Dios a través de nuestras pobres acciones y palabras cuando nos prestamos al anuncio.

¿Por qué nos resulta tan difícil? La fragmentación que divide y separa

Si esto es así, ¿por qué nos resulta tan difícil ser a la vez contemplativos y evangelizadores? Podemos encontrar seguramente la causa principal en la fragmentación: hemos separado lo que en realidad está unido en la mente y en corazón de Dios.

Las fracturas en la propia vida

Una primera fractura son **las diversas facetas de la**



*¿Vivo las distintas
facetas de mi vida
como compartimentos
estancos que no
tienen que ver una
con la otra? ¿En qué
lo noto? ¿Qué me
genera?*



vida convertidas en compartimentos estancos:

estudio, trabajo, familia, amistades, ejercicio físico y cuidado del cuerpo, compromisos y relaciones sociales... tantas necesidades que llenan el día antes de que podamos planearlo. Experimentamos el tiempo como un torrente que nos arrastra en una sucesión frenética de actividades sin permitirnos detenernos a pensar.

Nuestra sociedad valora a la persona por lo que hace y lo que posee, porque es un mundo de productividad y consumo, regido por criterios de utilidad y eficacia, de éxito y placer. Es también una cultura individualista donde la libertad se exalta como un absoluto y la verdad se desecha como fundamentalismo para ser sustituida por opiniones. Es un mundo vertiginoso, marcado por la velocidad y lo instantáneo, donde todo parece al alcance de la mano y que por tanto nos exige saberlo todo, vivirlo todo, controlarlo todo.

La fractura entre Dios y el mundo

En la mentalidad dominante, el mundo y Dios están separados. **Parecería que el mundo**, sea o no obra de Dios, **funciona por sí mismo** y los problemas hay que afrontarlos con nuestras propias fuerzas, a la luz de nuestra razón y apoyados en la ciencia, la técnica, la política y el compromiso de cada uno. De modo implícito, muchos viven bajo el presupuesto de que a Dios no le importa el mundo y mucho menos nuestra pequeña vida. Por el otro lado, hay mentalidades religiosas con una mirada negativa

hacia el mundo, visto fundamentalmente como enemigo de Dios, fuente de peligros y de pecado.

Pero más allá de filosofías o ideologías, la fractura entre las cosas de Dios y las del mundo es una tentación existencial omnipresente: ir a misa el domingo, pero luego desentenderse del prójimo durante la semana; tener un rato de oración, pero luego no saber ver a Dios en el compañero o cliente que hay que tratar; creer en la existencia de Dios, pero no dejarle entrar en las propias decisiones y problemas.

La fractura entre Iglesia y Cristo

Muchos no creyentes consideran a la Iglesia Católica como una institución del pasado apegada a planteamientos superados, con un mensaje que no es ya comprensible, ni creíble, ni mucho menos asumible.

Los mismos cristianos a veces separan a la Iglesia y a Cristo cuando reducen la primera a sus estructuras humanas o a un aspecto particular de la fe o de la práctica cristiana. Así el compromiso eclesial se convierte fácilmente en una lucha por imponer las propias ideas y en ser astutos para “ganar terreno” ante “los enemigos de la Iglesia”. O, por lo contrario, se abandona toda participación eclesial, cansados y desilusionados ante el espectáculo de una comunidad en perenne conflicto.



¿Qué papel juega la Iglesia en mi vida: dentro de mi oración, de mi apostolado?





*¿Cómo es un amigo
o un familiar, una
persona cualquiera,
un lugar de
contemplación del
Cristo que le habita?
¿Cómo influye en mi
como evangelizador
el conocer que Cristo
está en el prójimo al
que evangelizo?*



La fractura entre Cristo y el hermano

Hay una fractura todavía más profunda y dañina, que está en la base de la anterior. Consiste en separar a Cristo del hermano y la hermana con los que Él se identifica. **No podemos encontrar a Cristo si nos alejamos del prójimo.** En Cristo somos todos hermanos, miembros de su cuerpo. Pero al perder a Cristo como centro, se rompe también la comunión entre nosotros, de manera que el otro se convierte en un extraño, un objeto o un rival.

Un deseo que puede ser saciado

Como fruto de la fragmentación brota la frustración de sentirse confundidos, desintegrados y poco auténticos, con una distancia cada vez mayor entre los deseos e ideales del corazón y la realidad de la vida cotidiana, entre cómo quisiéramos vivir y cómo de hecho vivimos, quiénes quisiéramos ser y quiénes de hecho somos.

Y aunque a veces pensamos que no sabemos descubrir a Dios ni dar testimonio de Cristo, se mantiene vivo en nosotros el deseo de ser contemplativos y evangelizadores. Y no podría ser de otro modo: **ese deseo es el eco del llamado que el Señor nos ha hecho.** Y como es Él quien nos llama, nuestro anhelo no queda frustrado.

El que nos ha llamado está vivo en nosotros por el bautismo y *puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos, con ese poder que actúa en nosotros (Ef 3, 20)*. Además, contamos con otra certeza de fe, la de estar rodeados de una *nube de testigos (Heb 12, 1)* que nos demuestran que el Señor es capaz de transformar nuestras vidas y las de otras personas a través de nosotros.

Pensemos en los primeros cristianos. Estos vivían, como nos sucede muchas veces a nosotros, en un mundo que no conocía a Cristo en absoluto. Contra todo pronóstico atrajeron a muchos al Evangelio, y no porque fueran doctos, tuvieran poder o contaran con un plan perfecto para convertir el mundo. Habitaban las mismas ciudades de los demás, vestían como era costumbre en sus regiones, se empleaban en los mismos trabajos de los demás, seguían las leyes locales... pero eran diferentes. En ellos se manifestaba el misterio de Cristo Resucitado, vivo y glorioso, con el que se habían encontrado personalmente.

Los santos han continuado este camino, y no faltan ejemplos de personas así en todas las épocas, también en la nuestra, porque el encuentro transformante y unificador que convirtió a los primeros cristianos en contemplativos evangelizadores no es algo del pasado.

II. Caminos para dejarnos encontrar y enviar por Cristo Apóstol

La mirada de Cristo que integra y relaciona

Si nos resulta difícil entrar en una vida contemplativo-evangelizadora porque hemos separado lo que Dios ha unido, **empecemos por renovar en Cristo el modo de mirar e interactuar con nosotros mismos, con el mundo y con los demás.**

Mirar y tratar el mundo según el corazón de Cristo

Los cristianos miran el mundo con los ojos de Dios y descubren a Dios en medio del mundo, ante todo, en el cosmos, la naturaleza y la humanidad, por ser creación de Dios. Con el salmista podemos decir: *¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! (...) Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado... (Sal 8, 2.4)*

Y no sólo *vio Dios que era bueno (Gén 1, 9)*, sino que hizo del mundo el lugar donde se realiza la Redención. A este mundo Dios envía a su Hijo para salvarlo. A Dios le importa el mundo y con estos ojos hemos de mirar el pequeño cosmos al que

hemos sido enviados: nuestra familia, relaciones, profesión, ciudad, país y demás circunstancias sociales e históricas de nuestro devenir. Es de ese pequeño mundo del que Jesús habla cuando dice *Mi Padre sigue actuando y yo también actúo (Jn 5, 17)*. El apóstol sabe que una cosa es el frío dato de la realidad (una pandemia, una crisis familiar...) y otra cosa ese dato llevado a la oración: (“Señor, ¿dónde estás en esta situación? ¿Qué quieres hacer conmigo y a través de mí?”).

La Luz del Evangelio y los criterios del Reino no permiten que nos dejemos encandilar y engañar por la mentira. Detrás del aparente atractivo del individualismo descubrimos como fruto la soledad; detrás del ideal de la productividad y la eficacia, la cultura del descarte de cosas y de personas; detrás de las promesas de consumismo y placer, la experiencia de vacío y de sinsentido. Jesús abre nuestros ojos, nuestros oídos, nuestra inteligencia y nuestros corazones con la luz de la verdad.

Esa misma mirada nos permite descubrir el hambre de Dios que aflige al mundo. El gemido de este mundo que sufre nos interpela a responder siendo apóstoles del Señor a pesar de nuestra pequeñez. Queremos ser testigos y reflejos del Cielo y traer a la vida cotidiana la realidad de una dimensión sobrenatural tan real como lo que vemos. Por eso hablamos sin miedo de Dios a tiempo y destiempo, pues estamos convencido de que Dios llega a todos los lugares y permea todas las realidades.

Si las realidades temporales se ordenan según Dios, el mundo puede ser cada vez más «un hogar digno



Bajo la luz del Evangelio, se evidencia la verdad.
¿Cómo se ve mi vida de cara a esta luz?
¿Cómo se han llegado a permear criterios no evangélicos mi vida?
¿Cómo los detecto?
¿Qué me provocan?



de los hijos de Dios» (RFA 4). Para eso es preciso conocer los interrogantes y desafíos del hombre de hoy, y estar comprometidos en la construcción de la civilización de la justicia y del amor en nuestra vida familiar, laboral y social. Hemos de preguntarnos si estamos siendo presencia del Reino con nuestra forma de tratar al prójimo, de ejercer la profesión, de cumplir las propias responsabilidades sociales (cf. RFA 9). Nada evangeliza tanto como tratar a los hombres y a toda la creación según el Corazón de Dios. Así nuestra forma de ser y actuar hace presente el Reino.

Acogernos a nosotros mismos según el corazón de Cristo

Hemos dicho que el apóstol vive marcado profundamente por el encuentro con el Señor: se sabe amado, llamado y enviado. Esto añade a nuestra vida la dimensión de vivir en Cristo como sarmientos unidos a la vid (cf. Jn 15, 5).

El Evangelio habla a nuestra vida cotidiana y tiene algo concreto que decirle. En ella se hace presente Cristo vivo que ha vencido toda situación de muerte y nos acompaña en las diversas vicisitudes. Eso nos lleva a vivir en una continua “dependencia liberadora” del Señor: la conciencia de necesitar su gracia nos hace buscar el encuentro con Él en el Evangelio, en la Eucaristía y en el sacramento de la reconciliación.

No somos perfectos, ni debemos sorprendernos por ello. El Señor, que nos mira con misericordia

inagotable, nos enseña a vivir nuestra pequeñez e incapacidad. Confiamos en la gracia que nos permite conocernos, aceptarnos y superarnos.

En el Señor descansamos, huyendo de todo protagonismo. Él es el que da los frutos. Lo eficaz y lo fecundo es la gracia, no los éxitos personales. No somos nosotros los que debemos exigirle que apoye nuestras ideas y proyectos, sino nosotros colaborar en los suyos.

Estar siempre con el Señor significa también dejar que nos envíe, en constante diálogo con su Espíritu. Así es como ejercemos nuestra libertad, discerniendo y tomando las decisiones con sentido y responsabilidad.

Amar a los demás según el corazón de Cristo

Como apóstoles vivimos de un encuentro y para un encuentro cuando nos prestamos para que Cristo, a través de nosotros, salga al paso de las personas y les revele el amor de su Corazón. Lo hacemos con un corazón bondadoso y sencillo, lleno de respeto, cariño, confianza y comprensión (cf. EFR 23). Podemos comprender la debilidad de los demás porque nosotros mismos estamos “sujetos a debilidad” (cf. Heb 5, 2).

Como apóstoles somos amigos de Jesucristo, como lo fueron Pedro, Juan, Santiago y los demás discípulos. Por el Amigo común estrechamos lazos de amistad entre los compañeros apóstoles. También construimos relaciones de acogida y don,



¿A dónde, a quién, a qué circunstancias me envía el Espíritu hoy? ¿Cómo puedo mantener un diálogo con el Espíritu, para que sea Él quien me ayude a vivir y a decidir lo más cristiano en mi vida?



sinceras y gratuitas con las personas con las que se encuentra (cf. EFRC 29, 2º y 3º).

Debemos decir que amar a alguien no se reduce a hacerle el bien, sino que supone conocerlo cada vez más. Jesús hablaba de su relación de amor con nosotros, sus ovejas, diciendo: *Conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre (Jn 10, 14)*. También San Pablo describe la experiencia del amor de Dios como ser conocido por Él (1Cor 8, 3; 13, 12). Por tanto, **amar al prójimo y mirarlo con los ojos de Dios son una sola cosa**. Justamente porque el otro nos importa, tratamos de intuir y comprender cómo piensa y siente, qué anhela y teme, y nos damos a conocer a él.

Jesús trata con bondad igual tanto al centurión como a la pecadora, a Zaqueo como a María. Este modelo de gratuidad en el amor es la buena nueva de Cristo. Este amor tiene la nota de no etiquetar al prójimo, lo cual permite acogerlo en su unicidad y nos dispone a «la donación universal y delicada al prójimo» (EFRC 23).

Otra **nota del amor es la disponibilidad y la concreción**. Se trata de entregar tiempo, esfuerzo y creatividad para encontrar los medios y el lenguaje que mejor respondan a necesidades e intereses reales de las personas.

Cada uno de nosotros es acompañado por una comunidad, con la que compartimos un camino hacia el cielo, y de la que también somos

responsables. En una comunidad creativa y transformadora no pueden faltar tiempos de encuentro de los miembros entre sí y ocasiones para sanar desencuentros. En este ámbito es necesario saberse necesitado de los demás, pues esto nos permite desplegar la capacidad de acompañar y ser acompañados.

Cuando todos juntos, como comunidad de apóstoles, pedimos luz al Espíritu Santo y nos abrimos a lo que Dios nos pueda enseñar a través de ellos, se crea un ambiente de discernimiento comunitario en la vida y la misión. Una actividad que fomenta esta dinámica es el “encuentro con Cristo” (RFA 15), donde aprendemos a contemplar juntos, nos dejamos evangelizar por los demás y buscamos los medios de hacer presente el Reino.

Vivir en la Iglesia según el corazón de Cristo

Otra consecuencia de mirar con los ojos de Cristo es reconocer en **la Iglesia el signo e instrumento de Dios para reunir a los hombres en la comunión con Él y entre sí**, superando las diversas formas de fragmentación a las que antes aludíamos.

Los sacramentos de la Iglesia son en sí mismos lo opuesto a una cultura fragmentada, pues en ellos se une lo visible y lo invisible, lo material es vivificado por el Espíritu y queda superada la falsa división entre Dios y el mundo. Los sacramentos son también medicina de unificación interior. En el ofertorio de la celebración eucarística podemos colocar sobre el altar todo lo nuestro, los retazos quizá rotos e inacabados que componen nuestro

existir. Al comulgar no sólo nos unimos al Señor, sino también a los demás, hechos por la gracia hijos del Padre, miembros de Cristo y templos de su Espíritu. Y en el sacramento de la penitencia permitimos al Señor restañar y sanar las divisiones y heridas abiertas por el pecado.

La misma estructura jerárquica de la Iglesia es un don de Cristo a su pueblo para *la edificación de la comunidad* (1Cor 14, 5). En su triple función de santificar, gobernar y enseñar nos ayuda a salir de nuestra visión parcial de las cosas, de radicalismos no sanos y de un individualismo en el que ya no tendríamos la certeza de si estamos siguiendo a Cristo o nuestras propias ideas.

Si somos contemplativos y evangelizadores, los escándalos causados por miembros de la Iglesia, en vez de alejarnos del Señor y de su familia, nos estrechan más a su Corazón, sufriendo con Él y con sus hijos.

Al acercarnos a las dificultades y tensiones internas de la Iglesia, presentes desde los tiempos apostólicos, buscamos siempre la verdad en el amor, descubriendo los elementos auténticos de cada posición y creando corrientes de simpatía hacia el bien que cada uno busca en vez de crear barreras ante quien difiere de la propia postura.

A los bautizados, hijos de Dios y de la Iglesia, ciudadanos del mundo, **nos toca traducir el perenne mensaje de la fe al hombre de hoy**. Cada uno de nosotros hace a la Iglesia dialogante

con el mundo, buscando en ella el alimento de la vida eterna y haciéndola creíble por el testimonio de un amor sincero hacia los hombres.

La gratuidad: dejarse regalar y saber regalar

La gratuidad ofrece otra clave para acoger y vivir el misterio de Cristo Apóstol y permite más fácilmente desarrollar la actitud contemplativa y evangelizadora.

La Sagrada Escritura nos presenta la invitación de Dios de acercarnos a Él para recibir gratis sus dones: *Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche (Is 55, 1). Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente (Ap 21, 6; 22, 17).*

Dios es pura gratuidad. Desde toda la eternidad, las tres Personas Divinas se donan y acogen mutuamente. Y a nosotros nos crean y redimen sin necesidad alguna de hacerlo. En todo lo que la Santísima Trinidad hace no tiene otro móvil que el deseo de donarse gratuitamente, por gracia, sin estar obligado a ello de ninguna manera.

A nosotros, en cambio, nos cuesta vivir según esta lógica de recibir y dar. Tendemos más bien a tomar y quitar. Sentimos que hay cosas que nos corresponden y otras que no merecemos. Esa



¿Deseo una lógica de gratuidad en mi vida? ¿La he experimentado? ¿Qué me deja? ¿Encuentro resistencias?



mentalidad de mercader y justiciero nos mantiene a la defensiva, encerrados en nosotros mismos, como el rico epulón (Lc 16, 19-31), incapaces de acoger y donar.

Sin embargo, **nuestro corazón añora esa otra lógica del amor gratuito**, porque sólo en ella nos encontramos genuinamente a nosotros mismos y a los demás. Dios hace que este no sea un deseo vano ya que, creados a su imagen y semejanza, somos hijos del *Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos* (Mt 5, 45).

El primer paso para entrar en la gratuidad es vivir atentos al amor de Dios en todo lo que nos rodea. Para ello basta concederse —y a veces imponerse—, momentos en los que no “producimos”, ni consumimos, sino que simplemente nos mostramos receptivos a lo que nos es dado. Esto sucede, por ejemplo, al caminar por la ciudad o por un parque con los ojos atentos a las mil bellezas que ya están ahí, sin que hayamos hecho nada para merecerlas, o prescindir unos instantes de los audífonos para escuchar el canto de los pájaros. Los árboles, las flores, todo lo que vive, el calor del sol o la frescura del viento y de la lluvia son regalos que no hemos producido ni comprado, ni hemos tenido que dar un clic para poderlos disfrutar.

Ayuda mucho también **estar atentos al misterio de quien pasa a nuestro lado**: el conductor de autobús que nos saluda, el profesor que nos enseña o el médico que nos atiende... Cuántos gestos de

bondad, cuánta dignidad y también cuánto dolor en los hombres nuestros hermanos. Y qué decir de familiares o amigos. Vale la pena apartar los ojos de la pantalla para acoger la presencia de quien nos quiere y espera nuestro amor.

Es bueno obligarnos a veces a apagar la música o a desconectarnos de las redes sociales para tomar conciencia de *Dios que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos (1Tim 6, 17)*. No es entrar en un vacío o en un silencio muerto, sino percatarnos de cuánta luz nos rodea, de cuánta armonía resuena en lo que nos es dado. Estos momentos de contacto receptivo con la realidad, vividos en la fe, nos pueden despertar del sueño de un universo que imaginamos bajo nuestro control y nos abren el corazón a la presencia del Creador y Redentor que está siempre obrando y dándose gratuitamente. En el corazón atento nace la reverencia, la intuición de cuán dignas y bellas son las criaturas del Señor y mucho más el mismo Creador que se manifiesta en ellas.

La atención no se dirige sólo hacia afuera. Quien persevera en cultivar esa actitud de acogida, verá que poco a poco descubre fuerzas y amores en su corazón que han estado siempre ahí y le han regido sin que se haya dado cuenta. Vivir con atención es condición para el discernimiento espiritual.

El fruto espontáneo de estar atento a los signos del amor de Dios es la gratitud, que a su vez engendra generosidad hacia Dios, el prójimo y uno mismo. La gratitud sincera y cordial no es sólo



¿Qué cosas concretas del día de hoy le agradezco a Dios?



una cuestión de buenos modales, sino ante todo reconocimiento admirado de la bondad del otro. Quien sabe reconocer y acoger los dones será generoso porque desea corresponder, no porque tiene que hacerlo. La persona agradecida sale al paso de la necesidad del otro sin que se lo pidan, y sirve con una bondad genuina, que no se hace pesar sobre el destinatario.

Estas tres actitudes o virtudes —atención, gratitud y generosidad— son el modo humano de vivir la gratuidad. Se parte acogiendo y aceptando los dones gratuitos de Dios y esto nos enseña a entrar en esa misma actitud de amar sin exigir nada a cambio.

Contemplar se puede definir entonces como la acogida del amor que Dios ofrece gratis, y evangelizar es regalar ese mismo don impagable sin pago alguno: *Gratis habéis recibido, dad gratis* (Mt 10, 8).

Después de Jesús, la imagen más bella de gratuidad es la Santísima Virgen, la evangelizadora contemplativa por excelencia. Ella acoge el anuncio del amor, se descubre agraciada a los ojos del Altísimo y se deja cubrir por su Sombra. Con su *Fiat* absolutamente libre presta todo su ser para que Él lo habite, se deja inundar por los dones de Dios y responde dándose por entero.

Hacer silencio para contemplar y evangelizar

Para aprender a recibir y dar gratuitamente, es decir, para ser contemplativos y evangelizadores, el silencio es un gran aliado. La atención, de la que hablamos en el número anterior, lo presupone.

Es cierto que vivimos inmersos en multitud de ruidos exteriores y que diariamente nos golpean numerosos impactos que atrapan nuestra atención, y que no es fácil hacer silencio ni siquiera en nuestros ratos de intimidad con Dios, con los demás, con nosotros mismos. Pero cuánto anhelamos y necesitamos esos espacios.

El silencio interior nos hace entrar en lo profundo de nuestro ser y nos permite mirar desde ahí a los demás. Se trata de hacer un viaje al corazón como camino opuesto a la dispersión a la que nos conduce el activismo. Viajar al corazón no quiere decir perderse en la maraña de los sentimientos sino acceder al centro vital del ser, a la fuente interior, para encontrar el sentido de lo que hacemos. **El silencio abre a la posibilidad de la vida interior, y la vida interior a su vez propicia el descubrimiento del sentido de la vida.**



*¿Cuándo fue la última vez que hice un momento de silencio?
¿Qué descubrí, qué escuché?*



Quien se ejercita en el silencio interior siente que está abriendo como un espacio “físico” dentro de sí, un espacio que Dios puede llenar, tocar y transformar. En el silencio profundo tomamos conciencia de nuestro ser, desciframos nuestra necesidad y la de los demás, descubrimos con

asombro esa acción de Dios en nosotros que a veces no se aprecia a primera vista. Cuando parece que Dios no actúa, no nos transforma, no está con nosotros... ¡descubrimos que es justo al revés! Pero necesitamos ir a fondo y abrir ese espacio del silencio interior para darnos cuenta de que Dios está presente transfigurándonos.

Hacer silencio es también una decisión libre para escuchar, para querer escuchar. No es un mero callar, sino ponerse a la espera, dispuesto a acoger el regalo del otro, de la realidad, de Dios. La escucha es atención, advertir cómo son las cosas aquí y ahora para descubrir qué debemos hacer. La atención supone tomar conciencia de las propias capacidades, condicionamientos, posibilidades, carencias, limitaciones, inclinaciones, ideales, de lo que nos sucede, de lo que es importante y lo que es secundario y de la presencia de los otros. Implica por tanto una apertura del alma y el corazón.

Hay un elemento sanador en el silencio: nos lleva a pensar —¡a descubrir!— que no somos los protagonistas en el acompañamiento, la evangelización o la contemplación. Nos permite estar verdaderamente abiertos y dispuestos a lo imprevisto. El silencio nos libera de toda autosuficiencia o deseo de impresionar. No nos deja olvidar que somos limitados, pero que nos acompaña Aquel que bendice y multiplica nuestros cinco panes y dos peces.

Para comprender mejor el sentido de este silencio contemplativo, Dios nos ha regalado el ejemplo de

San José. No hay palabras en boca de San José a lo largo de los Evangelios. Sin embargo, desde su condición de padre y jefe de la Sagrada Familia, San José mira al Niño Jesús en el pesebre y descubre en Él la ternura divina que se revela en la fragilidad humana. Luego, es testigo de la adoración de los pastores y los Magos y escucha con asombro y dolor la profecía de Simeón. Años más tarde, después de tres días de angustiosa búsqueda, San José se encuentra ante la admiración de los doctores de la ley frente a la inteligencia y las respuestas de Jesús. Finalmente, ya desde la casa y el taller de Nazaret, San José contempla a Jesús mientras éste crece *en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52)*. La contemplación discreta y cotidiana de San José a su hijo Jesús, le permitió conocerle y a la vez conocerse a sí mismo, para así descubrir y cumplir valientemente la misión que la Providencia le había confiado.

Apasionados según el Corazón de Cristo

El estilo evangelizador del Regnum Christi tiene un cariz de pasión y urgencia. El número 10 del estatuto de la Federación describe esta experiencia carismática al presentar el estilo de entrega al que nos sentimos llamados: Quisiéramos ser hombres y mujeres que asumen el combate espiritual como parte del seguimiento de Cristo, luchando, con perseverancia y confianza en el Señor, contra el mal y el pecado en nuestras vidas y en la sociedad. **Quisiéramos emprender con**



¿El mundo de hoy me mueve? ¿Qué deseo poder hacer para responder y ayudar a que el Reino esté más presente en mi país, mi familia, mi entorno?



corazón magnánimo, entusiasmo y creatividad aquellas acciones que hagan presente el Reino con mayor profundidad y extensión.

Nos sentimos llamados a salir al encuentro de las necesidades más apremiantes del mundo y de la Iglesia. Deseamos afrontar con fortaleza y arrojo los desafíos en la vida personal y en el apostolado. Nos proponemos aprovechar con audacia cristiana las oportunidades que se presentan en la propia vida para anunciar el amor de Cristo y cumplir las responsabilidades asumidas, buscando dar lo mejor de nosotros mismos.

Tras haber profundizado en nuestro llamado a ser contemplativos y evangelizadores, comprendemos este ideal como un fruto del amor de Cristo. No podemos saltar directamente a las características de este estilo de entrega y proponernos vivirlas sin detenernos a considerar su fuente y beber de ella. Tal estilo de entrega sólo puede nacer de la experiencia de haber sido encontrados y amados gratuitamente por Aquel que dice *Como el padre me ha enviado, así os envío yo (Jn 20,21)*. Por eso este estilo de entrega sólo se entiende si nos hemos detenido a considerar su fuente y hemos bebido de ella; esta fuente es la experiencia del encuentro y amor gratuito de quien nos dice: *Como el padre me ha enviado, así también os envío yo (Jn 20, 21)*.

Lo que no podemos hacer por nuestras propias fuerzas, puede hacerlo Cristo en nosotros. Apoyados en nuestros talentos caeríamos fácilmente en voluntarismo o manía de grandeza. Pero cuando nos hemos dejado encontrar por

Cristo en nuestra debilidad se convierte en necesidad íntima, obra de la gracia en el alma.

Se trata de la paradoja de nuestra vocación cristiana, del hecho de ser un hermano más, herido por el pecado, frágil, en búsqueda perenne... y al mismo tiempo, estar lleno de vida y esperanza, ser portador de Cristo que ha vencido a la muerte y cuenta con nosotros para experimentar y comunicar al mundo esta Buena Noticia.

Cuando estamos “vivos”, cuando vivimos conscientes de que *la esperanza no defrauda porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5)*, nos sentimos urgidos a asumir esa pasión en la entrega que es un rasgo del miembro del Regnum Christi. Es un anhelo al que nuestros corazones no cesan de aspirar, aunque cada día experimentemos nuestra propia debilidad. Es una llamada que no nos deja cansarnos nunca de volver a empezar.

La aparente contradicción entre nuestra debilidad y el deseo de vivir con pasión nos introduce en la sabiduría del Evangelio, que descubre la belleza del amor no en los logros personales o en una vida intachable, sino en la humildad y la sinceridad del corazón; no en lo aparente, sino en lo que Dios ve; no en la lógica del mundo, sino en la de Cristo que no ha venido a ser servido, sino a servir.

La experiencia de ser débiles, pero de estar vivos por el amor nos va introduciendo en la

sabiduría pascual del morir para vivir y dar vida. Entonces nos sabemos llamados a vivir con un corazón enamorado, no en forma sentimental e inestable, sino como fruto maduro del descubrir que Dios “hace nuevas todas las cosas” (cf. *Ap* 21, 5). Creemos en el Amor y, aunque caigamos una y mil veces, aunque los fracasos sean nuestros compañeros de camino, aunque caminemos “por cañadas oscuras” (cf. *Sal* 23, 4) y el sentido de muchos acontecimientos tantas veces nos escape, vivimos siempre el milagro de su mirada amorosa que resucita en nosotros un corazón enamorado.

Este es el combate espiritual que asumimos para colaborar con la gracia para que Cristo sea conocido y amado. Este es el motivo que nos impide vivir acomodados en una postura de indiferencia y nos motiva a emprender con corazón magnánimo, entusiasmo y creatividad las acciones a nuestro alcance que hagan presente el Reino con mayor profundidad y extensión. Éste es el Amor que no se cansa de hacer de nosotros buenos samaritanos que salen al encuentro de las necesidades apremiantes de nuestro prójimo. La fidelidad de Cristo, su perdón constante es lo que mantiene viva en nosotros la certeza de saber “de quién nos hemos fiado” (cf. *2Tim* 1, 12), la que nos lleva a afrontar con fortaleza y arrojo los desafíos que la vida nos presenta, poniendo en juego toda nuestra persona y ofreciendo la propia pobreza y fragilidad, porque no tenemos la confianza puesta en nosotros mismos, sino en Él. La relación con Él nos permite descubrir en las situaciones de la vida, oportunidades de hacer experiencia y anunciar el amor de Dios. Y es lo que nos lleva a

ser responsables con nuestros compromisos y con la propia formación; porque el amor de Dios nos hace cada vez más realistas, es decir, más comprometidos con la realidad.

Ese estilo de entrega brota de un corazón contemplativo y evangelizador. Al mismo tiempo podemos considerarlo como un camino para formar ese corazón. Quien por temperamento ya vive con magnanimidad, creatividad, fortaleza y arrojo, puede una y otra vez entrar en sí mismo para enraizar su actividad en el misterio de Cristo. Quien siente que el estilo de apóstol descrito en el número 10 de los Estatutos le supera, puede detenerse a mirar con Cristo las necesidades apremiantes, los desafíos y las oportunidades que hay a su alrededor para lanzarse con concreción y realismo a aquellas acciones que nacen del amor.

Contemplar la vida en el Evangelio y el Evangelio en la vida

El camino más evidente para aprender a ser contemplativo es la vida de oración. Es verdad que sería un error reducir la dimensión contemplativa a los momentos de oración, pero también es verdad que «no se puede orar «en todo tiempo» si no se ora, con particular dedicación, en algunos momentos» (CIC 2697). Y la vida de oración, según el Catecismo, no es otra cosa que «la relación viva y personal con el Dios vivo y verdadero» (CIC 2558), que es justamente lo que nos hace ser contemplativos y evangelizadores.

Discurriendo por las páginas del Evangelio encontramos el verdadero rostro de Jesús de Nazaret, cuyos amigos y apóstoles queremos ser. Contemplar a Cristo en el Evangelio es mucho más que reflexionar sobre sus palabras y recordar sus hechos de hace dos mil años. Nada de lo que Él vivió pertenece simplemente al pasado. «Todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente» (CIC 1085). Por eso, **al orar sobre el Evangelio, nos hacemos realmente presentes a Él y Él a nosotros**. Lo acompañamos en sus recorridos por Galilea y Judea hasta llegar a estar junto a Él en la cruz y resucitado. Al contemplar los misterios de su vida, aprendemos el «conocimiento interno del Señor» (CIC 2715). Sólo si lo miramos a Él podemos conocerlo de verdad. Sólo si lo conocemos, creemos en su amor. Solo si creemos en su amor podemos evangelizar.

Otro momento y modo de orar es la revisión orante de la propia vida. El examen diario de conciencia no es una preparación adelantada de la confesión. Es, más bien, oportunidad de contemplar la propia vida para descubrir signos de la presencia y acción de quien nos quiere evangelizar y nos envía a los demás.

Si acompañamos a Jesucristo en su propia vida, contemplando el Evangelio, nos dejaremos acompañar por él en nuestra vida. Todo lo que Él vivió lo quiere vivir en nosotros (cfr CIC 521).

Conclusión: Cristo está vivo

Cristo está vivo, amando y actuando ahora en nosotros, por medio de su Espíritu para llevarnos al Padre. Él está vivo, actuando y amando en favor de los demás y del mundo. Queremos ser contemplativos y evangelizadores para entrar cada vez más en sintonía con Él, acogiendo su amor, percibiendo su acción, descubriendo los destellos de su luz en nosotros y en torno nuestro, descubriendo las tinieblas donde quiere brillar más y prestándole todo nuestro ser para que ame y actúe por medio de nosotros.

Talleres

Talleres

El encuentro que configura mi historia como apóstol

Taller

1

Cada apóstol tiene una historia de encuentro y relación con el Señor. Pedro dejó las redes para ser pescador de hombres, Juan no olvida que su llamado fue a las tres de la tarde cuando se encontró por primera vez con el Señor. Las historias y los encuentros configuran el modo de ser apóstoles, la manera de transmitir y de dejarse transformar por Cristo en todos los aspectos de su vida.

A. Preguntas para contestar personalmente

1. ¿Recuerdas el momento del encuentro que está en el origen o es el fundamento de tu ser apóstol? ¿Puedes, de manera breve, describir cómo ha configurado tu forma, tu estilo de ser apóstol?
2. ¿Descubres los dones, estilo, cualidades en tu manera de ser apóstol que están vinculadas con tu relación con el Señor?

Si tuvieras que destacar algún rasgo de tu manera de ser apóstol, de tu estilo evangelizador a la luz de esta historia, ¿cuáles serían?

B. En comunidad

1. En personal, cada uno responde a las preguntas 1 y 2 de parte A.
2. Partiendo de las preguntas anteriores, cada uno pone en una hoja blanca su nombre, y debajo 3 adjetivos que siente que describen su “estilo” evangelizador, es decir, el modo propio en el que vive su condición de apóstol.
3. Cada miembro del grupo escribe en las hojas de las demás personas un adjetivo que, según su parecer, responde al “estilo” evangelizador de esa persona.
4. Cuando todos han escrito en las hojas de todos, se puede tener una conversación a partir de las siguientes preguntas:

¿Encontramos semejanzas en nuestras experiencias? ¿Cuáles? ¿Tienen que ver con el carisma del Regnum Christi? ¿En qué cosas nos diferenciamos? ¿Cómo pueden esas diferencias favorecer la evangelización? ¿De qué forma nos complementamos, somos necesarios los unos para los otros?

¿Cuál es nuestro estilo como equipo? ¿En qué medida vivimos en comunión nuestra misión?

¿A qué nos sentimos llamados?

¿En qué medida nuestros encuentros, nuestros diálogos, nuestros apostolados... nuestra vida de equipo es contemplativa y evangelizadora?

Contemplativos y evangelizadores en la realidad Taller **2**

Decimos que, desde que Dios se ha hecho hombre, desde la encarnación, no hay nada que no pueda ser penetrado por la realidad del Reino, por Dios mismo. Para el apóstol, toda realidad es una posibilidad de Reino. Las situaciones más cotidianas pueden ser momentos profundamente contemplativos, que cuando son evidenciados a otros, se vuelven oportunidades de evangelización.

A En personal

1. ¿Puedes encontrar una noticia, una situación de actualidad que crees que puede ser iluminada por los valores del Reino? ¿Cómo?
2. ¿Qué signos, ya sea incipientes o evidentes del Reino encuentras en esta noticia?
3. ¿Cómo se puede ser apóstol en medio de esta situación? ¿A qué nos llama esta situación como apóstoles de Cristo?

B En comunidad

Elegir una noticia o una situación de actualidad entre todos. Hablar sobre cómo creemos que esa realidad puede ser iluminada por Cristo, por el Evangelio. ¿Hay situaciones que reflejan a Cristo aún en medio de la contrariedad? ¿Podemos encontrar el Reino en esta situación?

Mirar con ojos de apóstol. ¿Cuáles son las posibilidades de Reino que encontramos en esta noticia o situación? ¿Cómo son ocasiones para la contemplación y evangelización?

El evangelio en mi propia vida: contemplación y acción

Taller 3

Cristo es un eterno presente. Está con nosotros, en nosotros, en la realidad, en el hoy. Se hace presente a través de nuestra manera de mirar, escuchar, acoger, comprender, despertar... Por eso podemos, si hacemos un alto, encontrarle en los lugares menos pensados.

A. En personal

1. ¿Has sentido alguna vez que el evangelio se hace actual y cobra vida en tu propia vida? ¿Hay algún momento concreto, de la vida diaria o incluso en el apostolado, que puedas relacionar con un pasaje del evangelio?
2. ¿Qué cosas, actitudes, momentos, te ayudan a vivir la realidad como un momento de contemplación? ¿Qué te ayuda a encontrarte con Dios en medio de lo cotidiano?

B. En comunidad

Podemos recordar como comunidad/equipo algún apostolado donde vivimos una situación en la que podemos decir que el evangelio se encarnó de nuevo, donde las personas y las circunstancias nos hicieron evidente que un pasaje, o varios, se hacían actuales en frente de nosotros.

¿Cómo podemos ayudarnos como equipo a crear momentos de oración en medio de

nuestra actividad? ¿Cómo podemos vivir nuestros momentos de acción como equipo, de forma que sean momentos profundos de encuentro con el Señor? ¿Tenemos alguna iniciativa?

¿Podemos transformar también nuestros momentos de oración en momentos de apostolado? ¿Qué puede ayudarnos a lograrlo?

Aprender de Cristo

Taller 4

La tensión entre contemplativo y evangelizador es integrada cuando vivimos dentro del Misterio de Cristo Apóstol. Es en Él que encontramos la forma unificada de vivir estas dos dimensiones. Es en su estilo de vida donde encontramos las respuestas.

1. Dobra una hoja en dos. Escribe en un lado “contemplativo” y en otro “evangelizador”. Debajo de cada título haz una lista de las acciones y situaciones en tu vida que crees que corresponden a uno u otro.
2. Reflexiona qué pasaría si sólo te quedaras con las acciones de un lado -contemplativo O evangelizador- ¿Qué pasaría en tu vida?
3. Ahora detecta posibles tensiones entre ambas “listas”. Por ejemplo, necesito un tiempo para rezar frente al Santísimo, pero tengo un horario de trabajo que no me permite ir a ninguna capilla. O, quisiera poder ir a un apostolado, pero mi familia en este momento necesita que esté todos los fines de semana.
4. Lleva esta lista a la oración. Pregúntale a Cristo cómo podrían integrarse tus tensiones. Míralo a Él, ¿cómo puedo pasar del “o trabajar o rezar”, a la integración “trabajar y rezar”, por ejemplo? ¿cómo lo hubiera hecho? ¿Cómo te invita a ti a hacerlo?

Taller 5 Un día contemplativo y evangelizador

Cristo, como cualquier ser humano, “llenó” su día de actividades. Dormía, comía, iba a fiestas, trabajaba, ayudaba en casa... Cristo fue contemplativo y evangelizador. En el misterio de Cristo Apóstol encontramos la forma de integrar estas dos dimensiones en nuestra propia vida.

1. ¿En qué se te va el día? Escribe, el tipo de actividades que normalmente realizas en un día. (Estudiar, tiempo familiar, deporte, trabajo, oración...)
2. Prueba buscando algún pasaje del Evangelio donde Cristo hizo la misma actividad que tú estás haciendo. Si no encuentras ningún pasaje, imagina a Jesús haciéndola.
3. Pregúntate: ¿Cómo haría Cristo esta actividad? ¿Qué características tendría? ¿Qué estaría pensando mientras la hacía? ¿Cómo lo percibían los demás al hacerla?

Enviados por el Espíritu

Taller 6

Queremos ayudar a hacer presente el Reino en nuestro mundo. Al comprender que es el Espíritu quien nos indica el camino, queremos poner en sus manos nuestra acción, para que Él mismo nos guíe y nos indique por dónde ir.

1. Comiencen con un tiempo de oración en comunidad. Reunidos por el Señor, pidan al Espíritu Santo que les envíe ahí donde Él crea que pueden hacer un mayor bien.
2. Al terminar el momento de oración, cada uno comente si es que tiene alguna necesidad, o situación en el corazón a la que crea que pueden responder con alguna actividad apostólica.
3. Juntos, discernan el modo y el momento de llevarla adelante.

Taller 7 Apostolado contemplativo

Realizamos muchas actividades y acciones evangelizadoras. Todas ellas requieren un trabajo, una organización, recursos y tiempo invertidos. ¿Cómo se ven esas actividades a la luz de la dimensión contemplativa y evangelizadora de la que hablamos en este ensayo?

1. Elijan un apostolado ya existente.
2. ¿Hay algún pasaje del Evangelio donde Cristo hace algo semejante, o algún pasaje de la Sagrada Escritura que encuentren relacionado con este apostolado?
3. Desde la óptica de la Palabra de Dios, ¿Cómo se vería este apostolado? ¿Cómo lo haría Jesús?
4. ¿Cómo queremos vivirlo? ¿Hay algo que quisiéramos cambiar? ¿Hay algo que nos alegra porque ha estado hecho a la luz de la Palabra?
5. ¿Cómo entra la dimensión contemplativa en la realización de este apostolado? ¿Hay algún punto que involucre a la oración directamente?

